Los Huevos del Plata

Ultimo número

Noviembre / 69



"Para crear un mundo hay que destruir un mundo"

ULTIMA HACHEPIENCIA

"Cuando esta mísera paz que padecemos nos ha sido rota, qué haremos sino liberarnos a cualquier precio?"

Otra vez con la libertad del mono para hacer piruetas en la jaula más o menos estrecha de la actividad cultural. De nuevo con la libertad de trivializar y contemplar una realidad pasmosa que no modificaremos mientras nos movamos en este producto pestilente y subalterno que es la cultura, mientras no creemos los mecanismos necesarios que escapen al aparato represivo de la Gran Puta y que se le opongan exitosamente en el terreno exclusivo de las transformaciones infraestructurales.

La Gran Puta no ha dejado jamás de privarse de esos pequeños gustos: cuadros, novelas, tapizados, películas, teatro; hay que embellecer la vida y reposar de las angustias del diario enriquecimiento. Nada mejor que un buen masaje de conciencia en el momento adecuado. Y la actividad artística no ha dejado de cumplir ese papel de antidepresivo bien dosificado, de comunión pascual de buenas intenciones de fin de semana. Y la propia poesía —de actividad salvadora que era— se nos ha convertido en uno de los volados más escandalosos de la soirée de la Gran Puta, de panacea de transformaciones en triste sucedáneo de la acción. Transformada en una actividad reaccionaria para la cual la GranPuta ha previsto sus ornamentos y andamiajes exaltatorios, la poesía, fuera del contexto vital, ha sido arrasada por los acontecimientos y por las artimañas de la Gran Puta. En estas condiciones nunca podrá estar por delante de la acción, pese a Rimbaud, ni nos redimirá de nuestra responsabilidad por el mero hecho de expresarla ni por el esfuerzo de preservarla de las miasmas de la orquestación cultural, rechazando la sociedad de consumo con actividades que sólo funcionan a nivel individual. Más que nunca se comprende la afirmación de Artaud: "Toda la literatura es una cochinada". Si a la consecuente hipocrecía de la actividad literaria le sumamos la falta de exigencia, la inadecuación de la audacia, la pobreza temática, la necedad de no saber ser petizos, el gusto pasivo, la inclinación inventariante —el muestrario de alfombras—, la exaltación barata de la soledad, la apología de la angustia, la inquietud trivial, el atraso formal, la exégesis de la experiencia única e intransferible y la velada traición al fundamento del arte —el hombre mismo—, bien podemos esperar y merecer el vacío y la impotencia en la que nos movemos. La protesta, el testimonio, el out, el silencio, la neurosis, el compromiso, la rebelión y la actitud del "tonto de la colina", todo le entra a la Gran Puta y todo lo asimila menos lo que atenta contra su estructura capitalista. La Gran Puta tiene buen olfato y por eso deja hacer y no le importa que revelemos cuántos pliegues escrofulosos tiene en el culo ni la naturaleza química de sus flatos mientras pueda seguir tirándoselos.

Refiriéndose a los Tarahumaras, Artaud decía: "el mal (para ellos) no es el pecado sino la pérdida de la conciencia"; para nosotros el mal es **tolerar** la enajenación, la alienación y la cosificación de la conciencia que la Gran Puta opera en todos con sus mecanismos deformantes. Tal vez, sólo podamos aspirar a reincorporarnos la acción a la poesía, reunir los reinos separados, restablecer la unidad del ser que se debate entre el desarrollo integral de su vitalidad bloqueada por la Gran Puta y la imposibilidad física de realizar los cambios necesarios que lo posibiliten. Nunca podremos obviar el "ars celare artem", la ocultación, el doble sentido de la actividad literaria, en esa cochinada estamos y estaremos todos. Al menos, al intentar conjurar poesía y acción, la mentira tendrá otro carácter. La poesía en el papel es inofensiva, basta contarle los versos; de la poesía integrada en la conducta de los hombres puede esperarse todo.

Oponernos y negarnos seguirá siendo nuestra actitud esencial. Ejercer la negación es destruir su naturaleza; nuestra actitud natural —y la de todos— es afirmar y exaltar lo humano, pero la Gran Puta nos ha frustrado esa aspiración vital. ¿Qué habremos de apoyar sino todo aquello que nos restituya la alegría y el amor? ¿Qué exaltaremos sino la heroicidad de los que en todo el mundo y en nuestro país arriesgan sus vidas por devolvernos a la afirmación y a la vida? ¿Qué haremos sino integrarnos a la lucha y liberarnos a cualquier precio?

a mi tía Elena

cristina peri rossi

Elena entre paraguas.
Pero abajo, donde el cielo tiembla
y la tierra
es un embrión desgajado
húmeda crisálida
una cáscara de vida,
donde la tierra desespera
—hacerse limo, oh fecundo, hacerse himen
blanca sien
delicado ojo que me mira—

abajo,
es decir, entre nosotros,

deja sombra familiar que el desorden usurpe
para siempre tu lugar preferido de castaños,
tu tierra prometida a los cristianos,
tu jardín iluminado que cintila querubines,
rosas.

Donde estás, —te recuerdo perfecta y
rumorosa, volcándote a las plantas,
recostada en la silla,
alimentándose de nueces—
el olor la fragancia de tu cuerpo
de tus manos de ti ya no huele
no se te van por los costados
los perfumes a pájaro y a planta
ni se te resbala ya más por la mejilla
la flor y el fruto, la paja ardiente,
aquella goma de los árboles que yo confudía
con miel y savia y tú me aleccionabas
"Pon los pies derechos" "No vuelvas la cabeza"
"Amígate de las plantas" "Amame mucho".

Yo me amigué de las plantas,
forcejée con los hombros,
instalé los pies en sendas paralelas,
y me tragué el tiempo,
—el que tú no viste—
hasta alcanzarte
cuando tú corrías ya en tu carro blanco
lleno de colchas y retratos
y de consejos para los muertos.
Cuando tú ya te ibas a visitarlos.

Elena a los pies.
Si te encuentro o no te encuentro
no será cuestión de generaciones:
te quise mucho cuando tú ya no eras una joven
precisamente,
y yo me alzaba sobre los bancos
para alcanzar las mariposas y los tinteros.

Tú me dejaste un buen recuerdo y la confianza
en los dioses tutelares,
más un principio de Kultura que te pareció justo
asegurarme: nunca voy a olvidar tu colección
entera de "Selecciones" que me devoré
sobre el piso verde de tu casa en la es-
tación de trenes, ni la marcha triunfal
de Aída de Verdi, ni vendí jamás,
para que sepas, los tres tomos de la
digitación de Clement.

Las demás diferencias, querida tía,
estoy segura las salvaremos con un poco
de humor; (en el fondo esto te libraba de
aburrirte allá muy sola en el patio de geranios,
midiendo hasta el cansancio la ascensión nostálgica
de los largos eucaliptus y el hálito sensual de paraísos
ebrios cuando se levantaba el polvo por las noches
del camino y ningún perro ladraba porque todos eran
viejos conocidos, y "Tómese un poquito de láudano
si anda mal, no sea cosa"... y a ti se te perdían las cosas:
los collares de vidrio las lámparas de querosene los pá-
jaros de mimbre el costurero los anillos de la ab-
uela el fumigador del perro el retrato de oh pobre
pobre papá guardado en prendedor la partida de naci-
miento mi jarabe para la sombra la caravana del pulmón
la receta del único único pastel que me gustaba.

Qué suerte tía que te moriste
qué suerte que fue a tiempo
y no quiero decir que me alegre
pero no sé que hubiera pasado
con tu jardín de jacintos al regreso
temprano de la noche ("No vuelvas tarde")
el ómnibus nocturno esta terrible
escandalosa música moderna que destroza
los oídos sensibles de la gente
la atroz guerra del Viet Nam que
seguramente no llegarías a comprender
porque el mundo tía desde que te has muerto
se ha modificado pasan tantas cosas
los poetas que te gustaban ya nadie
los lee, no estoy segura, a lo mejor
no escriben más, pero qué cosa, tú no
hubieras admitido la falta de rima la ruptura del compás
"Esa horrible mezcla de palabras"
la sintaxis tan descabellada,
(Tú enseñabas en las clases la correcta correcta
construcción del castellano, "Sujeto —verbo— pre-
dicado" y allí estaba la fórmula, qué necesidad
de hacer experimentos, para qué las modificaciones,
a estos poetas de ahora no los entiende nadie,
a ver, a ver, díganmé, qué quieren decir al fIN
y al CAbo),

no hubieras soportado
las cabelleras de los jóvenes las camisas los
zapatos las manifestaciones populares el pueblo
en armas el pueblo alzado la muchedumbre sacudiendo
las viejas gratas convenciones no hubieras soportado
ascender a un ómnibus lleno de mendigos
el malolor de los caminos
el cuchillo a mano armada
las canciones de los jóvenes
las armadas los vómitos las menstruaciones
publicitadas el vértigo poético
el ombligo descubierto la decadencia
decantada cantada tanta de tu vieja
viejísima Europa que ya no le importa a nadie.

Por esto tía, tiísima,
si uno de estos días vuelvo a encontrarte
trepada a los ciruelos
sacudiendo a la puerta las alfombras
persiguiendo las sombras de la casa
enseñando una antigua geometría
y el orden prolijo de las palabras
no habrá necesidad de saludarnos,
eran otros tiempos,
quisiste proteger a tus sobrinos
nunca supimos de qué
no estabas preparada,
en mi recuerdo estarás como una muñeca
a lavanda, entre los frascos, junto a los pañuelos,
a lo mejor entonces tenga tiempo
podremos explicarnos,
la vida era tan rara.

¿Istia? negro

aparicio vignoli

Las horas del amor frecuentemente
Depositan un circo intrigante en mis ojos
Tú desacomodas las flores amarillas
Las flores blancas entre las hojas verdes
Del jardín de tus antepasados oh muchacha
No trates de comprenderme
Lo que prefiero de tu razón es
El desequilibrio que te aproxima
Cuando hablamos de las estrellas de Baalbek de Vanina

Entonces cuando no me perteneces
Cuando tu dependencia amorosa y fantástica
Es de pájaro—imagen de fantasma
Huidizo en las gradas del templo de tu madre
Yo te quiero
Querida no trates de sorprenderme
De romper mis espejos torrenciales
Herido el rostro de mirar un piso secreto
Donde reposen los amantes
Jamás encontraremos la nube que te faltaba
El hombre que no estará en la cita de mi tricota roja
Estoy cansado de imaginar el momento de mis 14 años el momento de Mary A. el momento de mi bull-dog devuelto
Cansado de imaginar el momento de Nella el momento de los gitanos cansados
Y enfermo del pasado de mi pasado de mis amigos cuando sus rostros aparecen detrás de la lluvia de sus mujeres que me conocen y te desamparan amor mío
Sólo estás tú y lo que yo fabule lo que yo pueda hacer
Para el fracaso del espectáculo
Para voltear las máscaras y los fetiches Las balanzas de su ley
Yo y los animales despojados del glandular invierno de fuego
En nuestros esponsales un delfín batirá su cabeza de chorlito
Sus inteligentes prejuicios sobre la superficie de otro estanque
Los invitados harían palmas si los invitásemos
Pero nadie estará allí
Tú y yo solos en esa abrumadora fiesta singular
Midiéndonos la sangre del reloj de ese jueves
Buenas noches para todos
Afuera los buhos y la tempestad hociqueando los agujeros de nuestra noche
Lavando las baldosas de los sábados que no nos conocíamos
Y las ofrendas familiares tintineando como las campanillas de un loco enfurecido
Y los regalos públicos desatados por el propio resentimiento de su cerámica de su cristal de su metal varicoso
Y nosotros paseando en nuestra casa gritando cosas abriendo puertas poniendo astillas en el ojo del mundo
Abierto ese día como un i m p a l a
Como el escudo de las patrias
Como un huevo de pascuas obsequiado por el mismo juez
Muy curiosa libertad la nuestra
Aunque sonrías y te estreches en mis brazos
Y beses el martes el miércoles el domingo de nuestro amor
Y busquemos el jueves debajo de la cama
El jueves que se escapa de Piscis a los hielos eternos para flamear en vano
Las profecías que se cumplen al dorso de las persianas
Las piedras devenidas estatuas en las casas vecinas
Sus aparatos encendidos cuidadosamente para gritar
Y tú ya completada para mí
Dorada abriendo los canales

tránsito cinético

edgardo

Hace seis meses reñí con Olinda a causa del té de adormidera que me trajo excesivamente caliente. Supongo que tal cosa le incomodó y, como sabe que los dieciséis de Mayo me gusta pasarlos azul o anaranjado no muy claro, manifestó su contrariedad en forma asáz elocuente. Olinda no ignora que desteto los tercetos de fagot, castañuelas y timbales; no obstante, mientras me abría paso trabajosamente entre una multitud de chajáes que de algún modo habían ganado la galería del primer piso, ella descendió por una soga desde la balaustrada superior aduciendo una excusa futil, mientras silbaba fuertemente fragmentos de "Piyamas en el Escorial". Miré a mi alrededor haciendo un rápido inventario para evaluar mis posibilidades. Sólo se encontraba allí el canasto de los arcabuces; una tinaja donde teníamos varias lanzas para las noches de fiesta (superando un límite convencional de tiempo, Olinda y yo cerrábamos el pase de energía eléctrica y nos reuníamos aquí, en la parte alta de la escalera —OMBLIGO DE VENUS: TIRITABA EL AIRE—; al día siguiente recogíamos las lanzas en la planta baja y tomábamos jugo de naranja con los cadáveres que no se habían retirado). Como deseaba concluir la situación sin más demora vacié la arena de la tinaja en mi escroto y lo hice girar a manera de honda. Olinda iba retirando los cristalillos de sílice que se adherían a la pintura de los labios y los dejaba caer en un plato, en tanto el rocío se evaporaba lentamente; era el instante: dije seis por doscientos cuarenta y dos y apliqué el número que me surgió bajo las fosas nasales.

Así gané la libertad.

Lo primero que hice fue reconstruir un diálogo probable en el cual era inminente mi participación:

—Has abdicado, Salomón?

—No.

—Eres verdaderamente Salomón?

—A veces.

—Dame tu espada.

—No.

Convencido de no hallar dificultades en donde estaba comencé un canto sobre la germinación de la papa, a través del cual fui llegando a un estado de posesión mística que culminó con mi cuerpo apoyado sobre la región cervical.

DE ALGO QUE OCURRIO

Esa imagen se ha quebrado, corro al encuentro de Fulvia que va hacia un momento antes y tiene que pasar por acá. Debo confirmarlo: ella dijo que le encantaban Bach y las murgas, mientras comía maní con chocolate que sacaba de una bolsita con el meñique levantado y ligeramente curvado; yo simulé agacharme a recoger el cortauñas y me zambullí a través de una abertura en el suelo. No dudé más de que así había ocurrido.

OTRA COSA

Yacariño, Pacho, Silene y Yusa entraron de distintas maneras: juntos, separados, serios, riendo, rítmicos, descontrolados. Finalmente las imágenes de cada uno se fueron superponiendo y los movimientos opuestos se neutralizaron. Todos estábamos sentados en la rotonda y como empezaron a formularme preguntas tontas me levanté y me fui. Aprovecho para mostrarle el jardín a la señora. Yacariño está meando junto a un roble; Silene le hace cosquillas con un helecho; Pacho y Yusa mordisquean hongos venenosos; Silene está colgada de una rama; Yacariño mea contra un tronco seco; Yusa corre sobre el pasto. En el cantero de la derecha tenemos plantado cosas baladíes, en el pequeño del centro están las teclas del piano (tío Cipriano promete siempre podar el arbusto), arriba hay un alero de vidrio y más adelante está el cielo. Dos veces al año hacemos una reunión en este sitio. Mamá se preocupa de que el número de invitados sea por lo menos tres veces superior a la capacidad utilizable del jardín; en esta forma hay seguridad de que la totalidad de la superficie sea pisada y al día siguiente basta rastrillar y trazar nuevos canteros, eliminando así la difícil etapa de decidir si se conserva o no tal o cual planta. Tío Mumsen llega siempre a la hora del café y toma jugo de apio. Hablan con papá de Tánger y de palas mecánicas. La señora que acompaño queda adherida a una taza de té. Allí permanecen, vibóricamente amigos o, dicho de otra manera, poseídos por un pánico indescriptible.

Con este cadáver suman quince. Abrí la boca bajo el tictac del reloj y junté lo suficiente para venir mascando hasta hoy; caminando ligero con las manos en los bolsillos y las orejas atadas al frío de las baldosas.

Ahora comienzo.

NEMESIS

Rostros que alzan su mueca de hambre entre los reflectores
Ojos y bigotes cansados como palmeras después de la tormenta
Manos deformadas por el incesante martilleo del sacrificio
Labios que se muerden pensando en esos oscuros calabozos del
mundo donde en todo momento a alguien le arrancan el aliento
Palabras inservibles lloviendo sobre las capitales mientras
avalanchas de mendigos dificultan el tránsito y el comercio

Ay esta furia muda ante el cruel titulaje de los periódicos
Hay mañanas en las que la poesía no sirve para nada
Hay momentos en los que se muere de dolor por todo
Y el tableteo de las ametralladoras respondiendo con voz
quebrada en el múltiple escozor que nos arrebata del sueño

Te decía mi amor que de todos modos hay otros seres que
conocen los ritos de la vigilia aunque padezcan sed y los
vaticinios anticipen oscuras ceremonias de traición y miedo
Te decía que el placer es como un aullido en la carne
Te decía que no puedo escribir ni llorar ni suicidarme
Te decía que la policía toca el timbre y hay que abrir
Y los años son una espinosa corona de fracasos implacables

Hay quienes entre hierros retorcidos corporizan la canción
Hay música aquí y porque estamos vivos el mundo permanece
Hay cárceles también y granjeros levantando la cosecha
Hay muchachos que murmuran más acá de los presidentes

Ay diosa de la venganza
Un color imponderable corona los silencios
y sobre el borrón de las calles adivino tempestades
Jornadas de faena e insomnio para rescatar la vida

Hay un latido de auroras sobre la ciudad
Hay terrazas donde el tiempo tiene voces
Hay neones que titilan como anunciando
el majestuoso relampagueo de las banderas

MIGUEL GRINBERG

Así Nomás

Hacen bien en cuidar sus hogares
y aguantensen piola que a esta lluvia
que trae sueños de amor a balazos
no hay paraguas que la pare
porque viene degollando enloquecida
armándose de sacrificios
arrancándose los crespones apolillados
por banderas de libertad o muerte
hombreciéndose con cada compañero caído en la
[lucha.
Sí, hacen bien en cuidar sus hogares
todos los explotadores
los que nos han borrado
la primavera del almanaque
los que han perdido el asombro
los que combaten el viento con gomina
y a la mala conciencia con somníferos
los que están dispuestos a defender el orden
Sí, hacen bien en cuidar sus hogares
los que se rascan
los buena gente colaborando en todas las
[campañas
pro-hogar de ancianos
pro-juguetes para los niños de los cantegriles
pro-sonrisas a flor de labios
los que se protegen de la miseria con limosnas
y plegarias a la virgen
los que acuestan el amor en prostíbulos
y prostituyen a sus hijas
entre sábanas celestes y música de Vivaldi
los que se visten de silencios
masajeándose la angustia
entre almohadones de terciopelo
y poemas al claro de luna
a la oscura soledad
al cascarudo triste
al amor contrariado y único
Sí, hacen bien en cuidar sus hogares
los bien ubicados
los maduros
los de la impecable corbata a rayas
los de bolsillos llenos de miedo
los dueños de fábricas
los latifundistas
los políticos
los banqueros
los comerciantes
los de la libertad para enriquecerse
los de la libertad para aplaudir al gobierno
los de la libertad para defender la libertad a
[garrotazos
los dueños del país.
Sí, hacen bien en cuidar sus hogares
porquesto nodapamás
a hacerse viento
borratina general
venimos con un cacho de futuro
y guambia arriba si lo soltamos
que va a doler como patada en un ojo
y a llorar al cuartito a quejarse a la mutual
que se viene el amasije bien de bien
porque traemos incendiándonos
el alba entre los ojos
y en las manos el fuego
derrumbando a golpes de viento
a cimbronazos de pueblo
el andamiaje asesino que los ampara.
Sí, hacen bien en cuidar sus hogares
hijos de puta
porque la lucha es a muerte.

HORACIO BUSCAGLIA

el portero y el otro

mario levrero

Ella estaba allí; en la puerta estaba el portero y yo sabía muchas cosas odiosas de ese hombre y quería entrar pero no me animaba; el otro quería matarme, como siempre. Me pareció que el portero ya no estaba y me acerqué y apreté cualquier botón porque ignoraba el número del apartamento (de ella) y tenía la esperanza de acertar; pero el portero me tomó del cuello y me sacudió y me arrojó lejos, mientras me gritaba que la próxima vez que le tocara el chaleco me mataría; le tenía miedo al portero porque no quería que me gritara y porque era muy grande, pero al otro no le temía (aunque sabía que esperaba una oportunidad para matarme) y por el contrario buscaba su compañía.

Ella se asomó a una ventana; traté de trepar por una enredadera pero ni siquiera caños de desagüe. Entonces empecé a rebotar contra el estómago del portero (que era muy duro), y él reía sordamente — ese hombre de piel oscura.

El otro también reía y me pasaba la mano por el lomo y me ofrecía cigarrillos; al mismo tiempo trataba de cortarme la carótida. Pero yo ya lo conocía y le quitaba importancia.

Ella se asomaba a todas las ventanas y regaba todas las plantas y no me miraba, aunque yo sabía que ella sabía que yo. Y el portero y el otro me desanimaron, y tuve un sordo rencor contra la humanidad y quería hacer algo grande, como envolver a la ciudad en un círculo de tiza y quebrarla, y me sentía impotente y sin fuerzas y ni siquiera me atreví a romper un farol a pedradas.

El portero y el otro se pusieron serios y entonces tuve que huirles, del portero era fácil porque lo único que él quería era que yo huyera, pero del otro era más difícil porque quería matarme y vivía pisándome los talones.

Le gané por cansancio, corriendo y corriendo; el otro se durmió antes que yo; incluso tuve tiempo de entrar en un bar y tomar cocacola, y después mear contra el árbol de un parque solitario que tenía el piso cubierto de otoñales hojas y en el que flotaba la neblina de la madrugada; ya no tenía ganas ni de matarme, yo.

algoritmo

jaime poniachik

Cada mañana la campanilla del reloj te hace un tajo, te brinda una herida, te deja un instante blanco, un campo neutral, una pradera vacía. Estás solo, envuelto en la niebla de las primeras luces, sin otra ligadura cósmica que la decisión que debes asumir al instante siguiente.

No has despegado aun el cuerpo de las sábanas: aquí es donde te juegas realmente la vida.

Lo que ahora hagas o dejes de hacer.

Dos cosas debes saber.

Tus pensamientos se arrastran desde el sueño como reptiles somnolientos que confunden sus pliegues.

Y también, que eres libre y todo milagro es posible.

Antes, mientras tú y los otros como tú dormíais, las cosas celebraron acuerdos secretos en carreteras desoladas, bajo las camas, en oscuros garages.

Y ahora veo como separas tu cuerpo del lecho, ajustas minuciosamente todas tus partes en la camisa, dentro de los pantalones y anudas las hebillas de los zapatos. El reloj pequeño alrededor de tu muñeca.

Ya es demasiado tarde. El corazón ochenta pulsaciones por minuto.

Zapatos te conducen al baño donde cumples la tarea higiénica en el tiempo previsto. Zapatos te transportan a la cocina.

Hay una ineluctable facilidad en todos estos movimientos. Una lubricación calculada.

Te complaces rápidamente frente a las tostadas y el café con leche. Entre sorbo y bocado lanzas sinópticas miradas sobre el periódico; te da el tiempo justo para recorrer los grandes titulares que notifican los sucesos de ayer.

Se supone que los valores actuales verifican las ecuaciones habituales. Se supone una función contínua de período dado.

Finalmente dedicas una breve atención al sorprendente chiste de última página. ¡Esto es una porquería!, nervioso, levantas la mirada, colérico, rebotas sobre el rostro de tu esposa (¿Hay algo mal, querido?).

Una repetición de sucesos que posibilite la ciencia, una simetría universal, una distribución uniforme de probabilidades que asegure el orden.

Recompones un visaje normal, observas el reloj, debes salir. Zapatos te conducen con premura hacia la parada del ómnibus. En el escaso trayecto habrás saludado con buenos días a los vecinos que verifican diagramas similares.

Se plantea un sistema de elementos interconexionados. Una estructura global. Cada elemento es a su vez un sistema de elementos más simples. Y estos a su vez un sistema de partículas más elementales aun. Puede tratarse como algoritmo, por recurrencia.

A la hora establecida (aproximadamente), ómnibus te recoge y vas a sentarte junto a una ventanilla. Un sentimiento apacible sustituye el excitamiento previo. Experiencia te indica que ómnibus te conducirá al destino adecuado.

Mucho más que la memoria, es la unidad de control la que asegura el cumplimiento de la tarea.

Puedes ahora complacer tu mirada en el amarillo de los árboles, en los muros grises.

Se dará una configuración de postes y muros que indica descenso.

Zapatos te guían hacia el recinto de trabajo. Allí quedarás pendiente del jefe (que está pendiente a su vez de órdenes superiores).

El sistema funcionando, su eficacia no se mide por los elementos que lo componen sino por los resultados que se obtienen. Visto desde un nivel adecuado, el sistema importa como unidad de entrada y unidad de salida.

Bajo ciertas circunstancias del atardecer, abandonas el recinto de trabajo y volverás a tu casa.

Se define un código como la correspondencia entre las secuencias posibles de símbolos de un alfabeto dado y secuencias de símbolos de otro alfabeto.

A esta hora las calles se pueblan de automóviles. En esta duermevela que traes desde el recinto de trabajo no es difícil sufrir un accidente.

La cadena se rompe por el eslabón más débil.

Zapatos te hacen cruzar la calle. Y en el instante que los focos te enceguecen, tu vida se te presenta entera, insípida, sin motivos para continuarla.

Una partícula en el cosmos no interesa sino por sus interconexiones con todas las partículas. Una miga de pan importa, en ese sentido, tanto como el sol.

Zapatos te ponen a salvo sobre la vereda. Omnibus te devuelve a tu hogar. Y antes de entregarte al sueño dispones el reloj para mañana a la misma hora.

Cada mañana la campanilla del reloj te hace un tajo, te brinda una herida, te deja un instante blanco, un campo neutral, una pradera vacía. Estás solo, envuelto en la niebla de las primeras luces, sin otra ligadura cósmica que la decisión que debes asumir al instante siguiente.

No has despegado aun el cuerpo de las sábanas: aquí es donde te juegas realmente la vida.

Lo que ahora hagas o dejes de hacer.

Dos cosas debes saber.

Tus pensamientos se arrastran desde el sueño como reptiles somnolientos que confunden sus pliegues.

Y también, que eres libre y todo milagro es posible.

RAROS

alberto e. mazzocchi

Raros,
son todos raros.
Hemos regresado donde estuvimos antes
en las piedras desnudas de Sicilia y Capri
en las pupilas y en las mieses de Ceilán
y en las pirámides
en las arboledas acuáticas
en Trieste en Guinea en las bahías de Benin y
[de Biafra
bañándonos en el Niger
y en el aroma de las flores del Kilu
y en el sol y en los juncos del Ogooué.
Nos trajeron en canoas de cáñamo
tendidos en el fondo
cerca de los cuerpos de las muchachas nubias
pasamos por las costas de corazón de pájaros y
[trigo.
Llámame!
que estoy en el Ottawa.
Allí dormido en las pisadas de los caminos
al lado de los muros musgosos
caído en los paisajes.
Vagabundos por el Niágara y en el lago Ontario
estábamos con la bruma y las primeras hojas
y en el valle que recuerda la boca de las sombras
[de invierno.

Raros,
íntimos y extraños
como lo que se puede hablar
debajo de las algas
y en la arena angosta
donde están echados, mezclados en el viento y las
[aliagas
con sus ojos agudos y hondos
y sus miembros relajados.
Y en las ruinas de Micenas y México antiguo
y en los cipreses enfermos
de las villas burgutsas de Baden o Delfos
[destruída
sin bronce y sin sangre
y en la Libia de techos ardientes y bajos
y el olor de almendros y desierto.
Extranjeros
que miran el invierno en Moscú
y el Moscova sin estrellas, con hombres rubios y
[tumbas
y el lejano sombrío castillo de If.
Las gencianas de los hospitales bávaros
y los puentes de Glasgow.
Las alondras muertas en los parques de Levante
y el silencio distinto de los corazones agrestes.
Raros,
y de pronto surgen inmateriales
y se postran como espíritus
estirando los brazos mecanizados y pálidos
hacia el iris inanimado y flexible.
Lanzarse hacia los senos del césped hollado por
[las sirvientas
en las avenidas perfumadas de gas del Mediodía
junto al sol y a la piel roja de las piedras
el humor íntimo de las casas
demasiado lenta la niebla descubriendo los
[perfiles
y el dolor y la espuma guardada en las calles.
Después eran muchos
así como las sombras son ideales de la noche
y el azul
mallas de la luna y las estrellas aplastadas.

Y habitaban el océano sin belleza
el océano pútrido y salado
lleno de sargazos, esturiones y tiburones
donde se bañan las mujeres malayas
y está Manhattan.
Y se arrastraban y retorcían
tan vivos e indiferentes
convertidos en raíces
por los oasis cansados y asombrados.
Y en el fuego vacío y en los terrenos y en los
[helechos.
Y en los iceberg sin música
se amontonaban como espectros de labriegos
[nervudos y tostados
retratados en el brillo del agua, helada y tersa
marineros sin ojos marineros sin voz
imágenes curvas
del espeso beso del mar Artico
órganos marinos
y en la púrpura de la pleamar
donde los rostros y las manos
quedan como ramas despiertas en la honda brisa.
Sin tener el aliento
para mirarse en el agua sucia y ácida
y remover el fondo del espíritu de los ríos lentos
[y hondos
donde vagan como sueños núbiles y sutiles
las velas hinchadas y escritas
y los pescadores hechizados flotando como
[fenicios muertos
y recoger con sus manos
las cenizas descompuestas
de los plesiosaurios y diplodocos extinguidos
y olerlas, olerlas como amapolas o flores de
[endrinos
o madera de abedules doblados en la tormenta
y después derramarlas por sus espaldas.
Yo era Kurma — Avatara!
El gran dios de la nieve
y también un navegante holandés
que bebía en el Hudson
u otra divinidad de basalto o diorita
encarnada en la vegetación de las primitivas
[llanuras
en las que ahora existen grandes pueblos,
que inspira
y detiene a las lluvias.

Y ellos no eran
lo que queda reflejado en el agua sucia y ácida
y puede destruirse sumergiendo la mano.
Ellos no eran los pensamientos permanentes y
[altivos
de los españoles que viven
en las cabañas a orillas del Guadiana impenetrable
ni lo que está escondido
en las guacas oscuras y tristes del Perú cubierto
[de neblina
ni el oráculo sonoro de las conchas
ni el cuerpo moreno y vivo del crepúsculo
ni las almas inglesas
ni los umbrales vacíos de Londres nocturno
ni las palomas ni el silencio de Notre-Dame
ni el cuello de los cisnes de los lagos suizos
ni las rutas alemanas con carros cargados de
[heno
ni el rocío de los campos
ni los prados sin sueños de los rebaños italianos
ni las rosadas siluetas
largas y frías
de las tardes invisibles
mancilladas de garzas oscuras e inmóviles
y cielo mojado
que se arriman a las ventanas de los edificios
[tensos
y a los puentes rigurosos
ni los vientos girando hacia el Oeste
y llevándose a las hojas como doncellas ajadas.
Ellos no eran la llovizna sombría y cruel
de las avenidas insensibles de Buenos Aires
[entristecido y sensual,
las cúpulas desgastadas de las iglesias antiguas
sin ángeles ni ecos ni pasos de monjes
ni las plazas deformadas y monótonas
con hombres de vino y nieve
apoyados en los postes que sostienen los cables
[eléctricos
ni el desliz cínico y agudo del viento
por las calles bajas y culpables
de todas las ciudades del mundo.

Ni los templos cónicos y laminados de Málaca
ni los templos mágicos de Shangai blanco
ni el encuentro de todos los que han caminado
bajo los túneles de París
o a orillas del Sena angustiado y ridículo
ni los relojes públicos de las torres viejas de
[Canterbury
ni los rajados negros y vulgares
de los jardines de Danzig o Nüremberg
ni el suelo intratable de las mesetas del Irán
ni las plazas del Brasil tropical
con negros que sufren y con palmeras que esperan
[a las olas
ni las frías aletas de las corrientes submarinas
ni las puertas de Kiev amarillo
ni las barcas solitarias y simples
del Neva de aguas frías y opacas
donde se han arrodillado las lavanderas rusas
ni las esculturas de yeso de Oslo montañoso y
[oscuro
ni la Pampa inhabitable con esqueletos de
[gliptodonte y megaterio
ni el cráneo del hombre de La Chapelle-aux-Saints
ni las cavernas ni los tempos celtas
ni las lluvias ni las viviendas lacustres
ni los manzanos de estío
ni los sombreros anchos de las muchachas
ni los camposantos de Tokio, Hiroshima o
[Kiushiu
ni los alambrados de Polonia
ni las cumbres del Himalaya
ni los libros védicos
ni los hombres
ni las mujeres
de las islas del Pacífico
ni los fetiches de esas islas ni los corales ni las
[redes
ni las hileras de los menhires y de los dólmenes
[indiferentes
ni los muertos que huyen de la lluvia
ni la quietud.
No eran nada, nada, absolutamente nada.
Son raros,
raros.
Extranjeros que miran la soledad y los castillos.



alberto e. mazzocchi

katún 11 ahau

ernesto cardenal

Katún de muchas flechas y deshonrosos gobernantes,
de tristeza en las chozas,
cuchicheos,
vigilancia en la noche.
En este katún
lloramos por los libros quemados
y por los exilados del reino. La pérdida
del maíz
y de nuestras enseñanzas del universo.

Avaricia y pestilencia y rocas y calaveras.

El cacique Gato Montés. El cacique Oso Melero. El Jaguar del pueblo.
En este katún escribe el chilán:
"el pueblo come piedras
come palos".
El katún de la colecta de tributos,
del robo de la máscara,
del robo del tesoro enterrado en la milpa.
En este katún siempre hay invasores,
enemigos de la tierra.
Ah los chupadores...
—Jejenes de los pueblos.
Los vaciadores de tinajas.

Y qué dura nuestra vida en la selva, como tepescuintles.
Desprecian nuestros conocimientos del libro del universo
para la protección del pueblo.
(En este katún se ríen de nuestros trajes).
Perdidos los jeroglíficos en el monte.
Nuestra Civilización, bajo los zopilotes negros.
El huracán arrancó nuestras casas.
Los nobles son peones cavando en la carretera.
El pueblo va encorvado con su montaña cargada en una red.
Y los gobiernos, son como sequía...
Y decimos: si volviera aquel
que por primera vez construyó un arco,
compuso oraciones,
creó el calendario que hizo posibles las crónicas y la historia
y los augurios del futuro.
Ahora, mientras tanto, como tepescuintles.

Tristísima luna,
tristísima luna en el cielo del Petén.
Opresión...
Vigilancia en la noche.
El gran Oso Melero libidinoso...
Y escribe el chilán, 'el que es boca':
"Ahora hay Gran Plaga, gran huracán".
En el mar azul sale la aleta
sale la aleta
del maligno Xooc, Tiburón.

Pero pasará el katún de los Hombres Crueles.
El Katún del Arbol de la Vida será establecido.
—Y un gobierno benévolo.
Ya no le pedirán al pueblo reducir la comida.
El Katún Unión-con-una-Causa,
el Katún "Buenas condiciones de vida".

Ya no hablaremos más en voz baja.
El pueblo va a estar unido, dice el chilán.
Muchos se juntarán para cantar juntos.
Ya no existirá más el Oso Melero.
La piedra del monte tendrá otra vez un rostro hermoso.
La piedra cuadrada
tendrá rostro.

Habrá buenos gobernantes para dicha del pueblo.
Señores legítimos.
Abundancia en las montañas, y bellas ceremonias.

Es el tiempo de construir sobre la vieja pirámide
una nueva pirámide.

Es arponeado el maligno Xooc, Tiburón.

Y siempre habrá chilanes en el pueblo.
El Chilán:
el que lee las escrituras sagradas
y estudia el cielo nocturno.
—Los movimientos del Sol y de la Luna
para saber el tiempo de la preparación de las tierras,
la cortada de las mazorcas,
la quema de las milpas,
la puesta de las trampas,
la búsqueda de los venados en el monte.
El Chilán: El señala los días de lluvia.
Los días en que los hombres cantan.
El final de la estación de las lluvias.
Defiende de las plagas y el hambre.
Distribuye la comida en los días de hambre.
Supervigila la labrada de las estelas,
diseña los nuevos templos,
entrega las tabletas con los eclipses.

Felicidades

"—¿Hola, como estás, desvaneces?"
"—No, hoy estoy sentado en una cerca, (que no divide).
Fumando la pipa barroca, viendo pasar los grillos plásticos sobre las carpetas; rojas, verdes, y lilas.
Hoy dividimos el país de las Uvas:
a) unas con dialecto interesante.
b) otras con las lenguas muertas de "Baco el Ingenuo".
Canastos, carros y fines de uvas, que nos traen como presente las hormigas metálicas, (gigantes), con su aceite GH y su ajuste interruptor.
Circuito: K 22; corriente: alterna; inspiración: soluble; entrada: 26 c/u; velocidad: 18 nudos; nervios: correlativos, sin tarjeta.
GERTRUDIS'LOVE.
Ya llegó Fink, con su exagerado tributo a las compensaciones vitivinícolas, y a los azules de llamada tardía.
El también llenó su morral de uvas y huyó corriendo por entre las parvas.
TENUE.
Plateas, plateas, y plateas, guantes verdes, sobres engomados, máquinas cenizas, (de y de) quebraderos de números, vacilaciones, glorias en unas hojas pálidas.
El escritorio no siente el peso, no hace falta describirlo.
Pese a los ratones, y a las vacas encuadradas, en piedra.
SUBIR S/FACTURA.
Los tirones sobre la piel, elevaron un héroe, un microbio mortal-amortal, que se incineró al saber la verdad sobre las uvas.
Hay un retrato suyo, (de él) sobre el cartel de entrada,
Donde apoyemos.
Sin saber.
Sin saber.
La niña lo tenía.
III C.
"...el texto debe incluírse, por la división, y nosotros, aquí y ahora...."
"—Pero Sr, nosotros no certificamos, hace 15 días que perdimos el sello.
Yo te amo.
Por eso no contabilizo más corderitos para dormirme.
Aún en otoño; cuando se dividen los toneles y las uvas pregonan revolución porque se creen inferiores.
IIII C. THE END.
28/12: La revolución del mazo de las uvas ha comenzado, y hemos acudido a ayudar.
Sabiendo, teniendo y temiendo.
Las semanas han pasado, las uvas son con nosotros; y debemos ir contra las ramas también, pues ellas un día no nos dejaron mover.
Vacilaciones sobre el mismo tema. Quinto combate.
Octoclorotetrahidroendometilenindano: Enérgico insecticida.

andrés pérez

TIRESIAS

III

A esta hora ya no vuelan las gaviotas.
Allá en la costa se encenderá la lumbre que oriente a rezagadas embarcaciones.
También regresarán los hijos que salieron a buscar castañas.
A esta hora pacerán los bueyes desuncidos del yugo.
Sobre pulcros manteles se rebanarán los panes.
El misterio se continuará engendrando en secretas alcobas.
A esta hora se divisan fulgores de relámpagos detrás de las colinas.
Tampoco está distante el estallido bronco de los truenos que se avecinan.
Por encima de los álamos avanzan veloces, incontenibles nubes.
Sin que llueva, el aire está cargado de tensiones.
Como un silbido metálico todavía se arremolina esa voz que logró despertarme.
Pero es otro el idioma que se cuela a través de sutiles mosquiteros.
Oscilo entre la aridez de la Puna de Atacama y las delirantes lluvias tropicales.
También vacilan los contornos de esos seres que se desprenden de las miasmas.
Yo mismo tengo indecisas a mis pobres manos.
Tan pronto piden pomelos como rechazan hasta el austero queso de cabra.
A medio concluir, apenas me iluminan vacilantes pavesas.
Navego sobre dos camalotes que aparentemente se separan.
Y la clave estriba en superponer los dos símbolos que nos conforman.
No es verdad que seamos demasiado jóvenes.
Sobre nosotros recae la edad de nuestros padres.
Por nuestras venas bogan insepultas imágenes que se vienen heredando.
Ocultos ascendientes nos dictan reglas inexorables, a ser destruídas por nosotros.
Tampoco es válido que no nos atañe lo que pasa más allá de nuestros lindes.
Llegaron las lluvias nucleares.
Se nos aproximan otros navegantes.
Por segunda vez nos paraliza el prodigio que viene desde otras fronteras.
Por segunda vez nos paraliza aquello que se levanta detrás de las cumbres.
Semejante a las auroras boreales, una claridad inmensa se va extendiendo.
Ante nosotros se descorren otros velos del universo.
Los amarillos y los negros se amalgaman a los rojos y a los blancos.
Colores que si pigmentan no alteran el color esencial de las arterias.
De esa red venosa se desprende una pulsación que aumenta de volumen desde los legendarios clanes.

Desde allí nos hablan voces guturales.
También se escuchan aislados nombres.
Poco a poco se individualizan legiones que se desplazan.
En nuestros pueblos, sin embargo, mujeres arropan con su pelo a los rorros que no crecieron.
Los jóvenes protestan airados.
Los viejos todavía se interrogan a sí mismos, entre perplejos y turbados.
Y por encima de los techos sobrevuelan bandadas de cuervos.
Uno a uno se ensañan en los muslos.
A picotazos desgarran los tendones.
Con sus alas apartan ensangrentadas trenzas.
Enjambres de moscas se agitan sobre amoratados labios.
Ya no quedan mezquinos lugares de recogimiento.
Están en ruinas los monasterios.
Ahora debemos meditar en medio de multitudes que van y vienen.
A todas las cabañas llega el estertor de los que se crispan sobre alambradas de púas.
Las matanzas ya tienen la palabra diplomática que las hunde en nebulosas.
Ya no se masacran madres coreanas, tampoco se ametrallan adolescentes guatemaltecos:
Esto es un genocidio, en el lenguaje de computadoras y estadistas.
Baldón que ya rebasa el espacio aparentemente ilimitado de nuestra galaxia.
Este siglo es una caja descomunal de inoperantes resonancias.
Allí retumban las descargas que enlutaron a Hungría.
Allí se eleva el silencio del hongo que se desprende de Hiroshima.
Desde allí nos miran los vejados de Auschwitz, Dachau y Buchenwald, Belsen y Treblinka.
Y cuántos habrá que se burlen del que se estremece ante tantas amputaciones.
Es increíble lo que puede sufrirse en los sueños.
Y no conformes, los hombres nos abalanzamos propinándonos mutuas dentelladas.
A esta hora se siguen memorizando ofensas en bruñidas placas.
Nadie piense que limpia su vida con llevar ofrendas a esas tumbas.
Así no debieron haber muerto.
Aún obramos bajo el influjo de la aberrante testarudez de Catón el Antiguo.
"Delenda est Cartago!", se inculca insidiosamente a sus más recientes generaciones.
Contados oyen en los ladridos de Laika, idéntica advertencia al 'Cave Canem', desenterrado en Pompeya.
Agoreras alarmas antiaéreas reemplazan a los badajos en los más altos campanarios.
Ningún ladrido indica que alguien sobreviva en bombardeadas aldeas.
Desencajados hombres deambulan es medio de un gran desierto de desolación y muerte.
Y yo, ungido para relatar leyendas.
Al remontar este cauce también arrastro todos los presentes instantes.
Silenciosas trompetas convocan enflaquecidos niños.
Sin tener que descender a infiernos, con mirar en torno se constatan demasiadas miserias.
No es necesario suponer que todavía sufren los muertos.
"Per me si va la perduta gente".
Basta entonces con seguir el rastro de los pies descalzos.

FEDERICO UNDIANO

ciudad

"Cuando Baal se gestó en el blanco seno
materno, ya el cielo era grande, silencioso
y pálido, joven y desnudo y monstruosamente
raro, tal como Baal lo amaría,
una vez que Baal hubo llegado".
B. B.

Y he visto la ciudad
como una flor extraña creciendo en las alturas.
Los días
devorando sonrisas
en sus ajados pétalos.
Y he visto los árboles
sacudiendo sus cuerpos
de mendigos del aire.
Las palabras colgando
de postes telefónicos
como niños que arrojan sus lenguas hacia fuera.
Las víboras azules que van junto a las puertas,
los trenes refregando
sus trompas contra el cielo,
los pájaros que emprenden
sus difíciles marchas
sobre la piel
del mundo.
Las jirafas que espían
por el pequeño hueco de una llave
a ver si la ternura
se quita
sus ropas de brutal indiferencia.
Los templos balanceando
sus cabezas enormes
que bostezan de miedo.
Las plazas que recogen
sus piernas vegetales
dejando deslizar por las rodillas
los dedos agrietados del invierno.
Las farmacias que aguardan
en las oscuras cañerías de la sangre,
que la miseria venga
con su diente afilado
y los sapos se hundan en los charcos
con sus enormes vientres moribundos.
He visto la ciudad
como una flor extraña
llorar en las alturas.

alberto mediza

las convulsiones de alicia

(ef eosie ai nlugelbrco; el manchurriaje de nubes descubre el trueno entre los pajonales celliscados de cruceras y lo liberan para que algarace de cuchillos la ceguera de los horizontes; la higuera seca, maldecida; la subversión convulsiona las ruineras vencidas; el lobizón regresa; la flor viscosa y sanguinolenta se abre como una caja en el codo de la víctima; la desterrada se pasea desnuda entre las flammaradas respondiendo a los ademanes del perdido; la aguada).

(ne olifc ua ergeobeisl; el higo moscachondo se enrisca en la rama de la higuera desvahando en humeros todo el asombro y la alegría del aire; la subversión deja una brasa en la médula de alguien y sigue su camino; el lobizón ahito; la flor se desborda por los labios partidos acechando la luz entre las brumas; la desterrada persigue la voz amoratada de sonidos en el chapaleo ronco de las explosiones; la aguada se desliendra en el viento; el cernedero de la lluvia escaramucea con el fuego ardentoso de pabilos)

(oc rbleg ul niaeisoefe; la subversión ondea la sábana virgen de los aparecidos calcinando entre sus brazos los fierros dolosos en su herrumbre de horas muertas; el lobizón, expectante de luna llena, se inclina para recoger el cadáver de la víctima junto a la aguada; la for rota expande a los vientos los espumarajos de semillas; la desterrada, hundida hasta las vulvas en los humilladeros, se ignora de improsivo; la aguada, aletargada por la humedad plomiza, cierra la trampa a tiempo; la tormenta murmujosa de vientos tiende sobre el campo la tramoya febrífuga de relámpagos; la higuera busca su fruto entre las cenizas estorsionadas por el suelo)

(ls ieboe gr aeucfilone; el lobizón estridula en un sollozo de babas la voz de los augures; la flor revienta en llagas por todo el cuerpo de la víctima; la desterrada festeja la lluvia carajosa de soles; los cuajarones de la tormenta berrinchean sobre la superficie amenazadora de la aguada y se destroncan jajando su desarrimo de cielos; el humo de la higuera se deshala en murmullos y roces —el higo vuela desgajado—; la subversión: fogaradas)

(ci onelf ue esgobelira; la flor chorrea de la mirada de la víctima hacia otras; la desterrada da de beber en la aguada a las almas en pena que sulfuran venganza por los cuencos entebrecidos de ojos y tajos tremendos en el cuello; la tormenta desastra las nubes; la higuera emprende el vuelo; la subversión se quiebra el espinazo en las matacías del fuego; el lobizón vomita el cadaver en el aljibe seco)

(el gofue es belicionra; la desterrada con el pelo incendiado recorre las marejadas de pueblos, los hombres; la aguada sacude las bicheras del ligustre; la tormenta se convierte en la irrisión de los cielos; la higuera duerme en el viento; la subversión arracima los latidos en un sólo golpe; el lobizón se limpia el hocico; la flor craquea en el barro)

(el fuego es liberación; la aguada se acerca lujuriosa al cerco de ligustres; la tormenta verraquea su derrota arrastrando su arcón vacío; la higuera seca, maldecida; la subversión embarbasca a los hombres en los vivienteríos desamarrándoles las coyundas del miedo; el lobizón se revuelve entre los cascajos afogarados; la nueva víctima se rasca el codo distraído; la desterrada cae en brazos del fuego que se dispone de otra manera en tus ojos)

clemente padín

el loco josé

ruben kanalenstein

Levantaba un montón de expedientes y los quemaba, juntaba las dos o tres corbatas que le habían regalado y las quemaba. Así era José. Besaba una amiga en medio de la gran ceremonia (visita del Presidente, contrato ante notario) como si sólo existiera esa mujer. En medio de una fiestita, de ésas con drogas, maricas, mujeres locas, leía tranquilamente la página política del diario. Así era José. Le llamaban "el loco José". Debaja a la persona con la que estaba hablando sin despedirse, sin motivo, sin excusa. Se le ocurría visitar a un amigo a las horas más increíbles, y se presentaba en casa de desconocidos para conversar, sin motivo, sin excusa, sin aviso. En verdad, había razones para llamarlo "el loco José".

Yo creía en él, en su manera tan simpática de estar desatado: irrespetuoso, irresponsable, ingenuo. Le pedía me dejase acompañarlo. Algunas veces intenté, en vano, imitarlo. Sólo hay un "el loco José" y es imposible ser como él. Todo parecido es grosero, no hay parentesco ni similitud verdadera.

Pero un día, un día en que no teníamos nada que hacer, en que el calor del día pedía un motivo muy fuerte para conversar y no dormirse, le pregunté sobre él, sobre su futuro.

—José, ¿qué buscas?

Yo pensaba que iba a decir "Nada", una nada llena colores, entretenimientos, sortilegios. Pero él contestó: "Estoy juntando dinero para comprarme una cámara fotográfica".

—No te creo.

Y me mostró un montón de billetes.

—¿Y para qué quieres una cámara fotográfica?

—Para poder fotografiar ruinas aztecas, incaicas, araucanas.

—Pero no sirve para nada.

—No sirve para nada.

—¿Y te interesan los aztecas, los incas, los araucanos? — le pregunté, asombrado, como si me engañara o saliese de un engaño.

—No, en absoluto.

"No, en absoluto". Lo ví esta vez como siempre: desatado. Pero ya no era un valor, ya no era una mueca vacía, avara. Lo encontré tan inexpresivo como al criado cojo de mi abuela, como a un estudiante de odontología. Entonces sentí necesidad de escupirle la cara, de mancharle esa cara inexpresiva. Y lo hice. Y no he vuelto a ver a "el loco José" ni quiero verlo.

---

carta a un amigo de costumbres

sergio altesor

He comprendido al fin las matemáticas de las diferencias entre ambos. Alguno de nosotros robó un invierno alguna vez y el otro no lo supo hasta mucho después. (Aquí podría comprometerse a la afectividad. Quizás la misma inclinación a acusar las diferencias pueda parecerlo. Y sin embargo no es así. La explicación puede hacerse por medio de la cábala también. Prefiero decir, resumiendo, que en determinado momento uno de los dos violó reglas mágicas sobre las cuales hay muchas y diversas teorías. Esa violación provocó, lentamente, un cambio progresivamente más agudo del punto de vista parcial, tendiendo a convertirse en un cambio en el punto de vista total).

Las prendas son un buen ejemplo. Siempre que entendamos que los objetos, por más insignificantes, pueden aludir a una actitud. Decía entonces de las prendas. De las corbatas con pintas amarillas en fondo rojo, se pasó a las pintas amarillas con fondo verde, y luego a las de pintas amarillas con fondo amarillo, por lo que las pintas desaparecieron, y un buen día desaparecieron también las corbatas. Otro buen ejemplo puede ser el desuso en que cayó el dentrífico, el abandono de los pinceles (no se sabe aun si de los colores), la rapidez luego en las imágenes, y más tarde el caos (de donde se salió mucho después con gran dificultad).

Sin embargo este cambio no fue mayor y a la larga las comprobaciones anteriores atestiguan, comparadas con las vistas después, que no hubo mayor asombro ni deslumbramiento, ni abandono de viejas actitudes como para que se pueda señalar algo rotundo y verdaderamente significativo.

En cambio en tu caso las cosas son muy distintas. En primer lugar perteneces a Piscis, y eso supone un rostro especial. Parecías definitivo ya en tu adolescencia, pero el desencuentro con la noche, el efectuar la escala de las pintas al revés que en el caso anterior (es decir, el ir desde la no existencia de pintas, hasta las pintas sobre fondo rojo), y proseguir aun hasta las rayas y actualmente a las flores, tu duda ante los viajes y ante la exploración de nuevas ciudades, el hecho de haber tomado en un principio a la cábala por mero sortilegio, tu insistencia en la vieja teoría de los humores, ante la impotencia de seguir avanzando con avidez y con inteligencia. Sin embargo tuviste una salida y ella fue de buen gusto. Hasta ahora se mantiene pero quiero decirte que la muerte se avecina. Dentro de poco habrá que justificar el crimen y yo seré criminal. Muchos necesitamos el crimen (léase limpieza) todos los que no hemos huído. No tendrá salvación ni siquiera tu buen gusto. No tiene que ver en esto el cariño que te tengo. Nunca has intentado el Zodíaco y el tiempo corre. Los cabalistas podrán perecer muertes neutrales pero liman sus dientes en las sombras.

Sin más, he acusado las distancias entre ambos y me escurro de tus ojos ciegos para siempre.
Adios

---

afilando plumas

Si te sobra algo de tiempo
mientras tus dedos nadan en carbónico
destornilla la libertad de tres carteles
uno en Febrero
otro en Viet-Nam
como queriendo producir otra mayoría
que no sabe de mini-estómagos inflados
que no resuelve un dibujo en perspectiva
que no escucha mi música a las diez
ni mis cárceles a medianoche

lejos de un rubicundo sillón alegórico
donde mueren los soplidos de paja

y donde nacen y nacen celebrados linotipos
(prohibidos, agotados, saboteados, sin gimnasia)
sin perlas de órgado ni cigarrillos a la luz de la luna
sin amores a quien contarles lo de ayer en el florero

lo de hoy
lo de siempre
y no aún lo de mañana.

alfredo tortorella

LOS HUEVOS DEL PLATA. Revista literaria dirigida por Clemente Padín. Este último nro. fue impreso en la Imprenta GADI de Florida. El dibujo de la tapa pertenece al cordobés Juan Carlos Conti, el collage de la contratapa a Francisco Bonilla y el dibujo de la pág. 13 a Alberto E. Mazzocchi.

LOS HUEVOS DEL PLATA. — Casilla de Correos 2454, La Cruz de Carrasco
MONTEVIDEO — URUGUAY



ADIOS AMIGOS, Y HASTA SIEMPRE!!